

muertos. Y Abraham responde : *Si no creen á Moisés y á los profetas, no creerán al que hubiese vuelto de entre los muertos (1)*. La Iglesia es Moisés, la Iglesia es todos los profetas, la Iglesia es el milagro viviente; el que no ve á los vivos, ¿ cómo podría ver á los muertos?

(1) San Lucas, cap. 16, vers. 31.

SERMON TRIGÉSIMO NONO.

Del establecimiento del reino de Jesucristo.

Ora hayamos considerado la vida íntima de Jesucristo, ora su vida pública, hemos visto que vivió como Dios. Pero vivir, no es mas que el primer acto de la vida, el segundo acto de la vida es sobrevivir. Porque toda vida tiene un objeto, y el cumplimiento de este objeto es lo que juzga la vida. Por consiguiente, no basta haber probado hasta la evidencia, que la vida interior de Jesucristo y su vida pública tuvieron un carácter divino; porque si esta vida no consiguió su objeto, si nada dejó tras sí, sea lo que fuese lo que pensemos de ella, esa vida fué vana. Es preciso que Jesucristo, despues de haber vivido como Dios, haya sobrevivido como Dios; de otro modo, cuanto podríamos deducir de esa desproporecion entre su vida y los efectos de su vida, es que fué la mas magnífica é inexplicable de cuanto se haya visto hasta ahora. Pero ¿ qué debió hacer Jesucristo para sobrevivir como Dios? Nada mas que llenar el objeto de su vida, tal como lo habia públicamente anunciado y descrito, que era fundar en la tierra el reino de Dios. *Despues que Juan fué preso, dice el evangelista San Marcos, vino Jesus á la Galilea, predicando el Evangelio del reino de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido, se ha acercado el reino de Dios, haced penitencia y creed en el Evangelio (1)*.

Y enviando sus discipulos á tomar su parte del apostolado, trazaba así su mision : *En cualquiera ciudad en que entráreis y os recibieren, comed lo que os fuese servido, curad á los enfermos, y decid: el reino de Dios está próximo á vosotros. Si no os recibiesen, saliendo por sus plazas decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros. Sabed no obstante que se ha acercado el reino de Dios (2)*. ¿ Y qué reino de Dios era ese que Jesucristo predicaba como siendo el único fin de su venida á la tierra? Era él mismo, en cuanto debia ser reconocido

(1) S. Marcos, cap. 1, vers. 14 v 15. — (2) San Lucas, cap. 10, vers. 8, 9, 10 y 11.

como Dios, amado como Dios, adorado como Dios, fundador y jefe de una sociedad universal, cuya piedra angular seria su divinidad mediante la fe, el amor y la adoracion. Pues bien, señores, ¿se ha realizado esta obra? Jesucristo, vivo y muerto, ¿fundó en la tierra un reino del que él sea Dios? ¿Fundó el reino de las almas? ¿Es entre nosotros el único rey de las almas? No necesito ya demostrároslo: diez años hace que os expongo sus maravillas; y aun cuando no lo hubiera hecho, ese reino espiritual está á vuestra vista, muchos de vosotros son sus miembros y sus súbditos; es una cosa que habla por sí mismo y que es superior á toda demostracion. Sí, existe en la tierra, en esta tierra de cieno y de paso, un reino de las almas donde Dios es servido en espíritu y en verdad, donde se combate contra la carne, la sangre y el orgullo, donde nada se parece á cosa alguna de las que hay en otras partes, y de que Jesucristo es el autor, la cabeza, el rey, el Dios. Y así como el ángel del Apocalipsis, espectador del último triunfo de este imperio, cantó de antemano su gloria con esta sola frase lanzada en medio de los mundos atónitos: *Factum est — hecho está* (1); así desde ahora; yo discípulo de Cristo, hijo del reino, adorador del rey de las almas, os grito á vosotros: *Factum est — hecho está*.

No es, pues, del hecho de lo que se trata entre nosotros; el hecho está demostrado, es palpable, está aquí, y puedo concluir: Jesucristo, despues de haber vivido como Dios, sobrevivió como Dios. Pero no seria inútil demostraros cuán superior era esta obra á toda fuerza creada, por lo que ensayaré conseguirlo exponiéndoos las dos dificultades que Jesucristo tenia que vencer. Llamaré á la una dificultad interna, y á la otra dificultad pública: en su explicacion emplearé la hora que me permite Dios consagraros.

La primera condicion del reino de las almas y de su fundacion, era obtener la fe en su fundador, es decir, que Jesucristo llegara á ser para innumerable multitud de hombres la regla de todos sus pensamientos, y que abdicando ellos mismos lo que tienen de mas necesario y profundo, que es su propia inteligencia, aceptaran como propia suya la inteligencia de Jesucristo, hasta el punto de poder decir con San Pablo: Ya no soy yo, sino Jesucristo, quien vive en mí. No es esto decir, señores, que Jesucristo para fundar su reino por la fe nos pidiera el sacrificio de nuestra razon; porque él es tambien razon, y él es quien nos da la nuestra, por un reflejo de la

(1) Apocalipsis, cap. 11, vers. 15.

suya, segun está expresamente escrito en el evangelio de San Juan. Pero debia pedirnos el sacrificio de nuestro propio espíritu, lo que es muy diferente del sacrificio de nuestra razon. En efecto, la razon no se halla en nosotros en el estado puro, pues si lo estuviera, iluminados como lo estaríamos por una luz única é igual, caminaríamos en la mas perfecta unanimidad. En vez de esto, si bien participamos de la razon una y universal, sin la cual no seríamos inteligencias, mezclamos con ella debilidades, oscuridades, hábitos, resoluciones, mil circunvalaciones misteriosas que cortan sus caminos reales, disminuyen su claridad y hacen de nuestra razon cierta cosa estrecha y personal, á que damos el nombre de inteligencia propia. Esta inteligencia, ó espíritu propio, resultado de nuestra esclavitud y de nuestra libertad, es la que divide á los hombres en la casa de su madre comun, y no les permite fundar en la tierra, por sí mismos, la santa república de la verdad. Con efecto, de dos maneras estamos apegados á la inteligencia ó espíritu propio: lo estamos porque la razon es lo que constituye su esencia, y nada mas justo que atenerse á la razon; pero acaso lo estamos mucho mas todavía por esa cosa particular que nos distingue, y se compone de las impresiones sin cuento que el flujo y reflujo de la inteligencia han dejado en nosotros desde el primer dia en que usamos de esa admirable facultad de ver, de oír, de juzgar, de raciocinar y de sentir. Ahora bien, por la fe en Jesucristo, necesaria á la constitucion del reino de las almas, debemos abdicar ese espíritu propio que nos es tan natural y precioso; es necesario que fundemos nuestra razon en la razon superior de Cristo, que rompamos el molde personal, mas ó menos falso y estrecho que nos hace lo que somos, para entrar en el molde ancho y profundo de donde salió el Evangelio, y que es la inteligencia misma de Jesucristo.

Este sacrificio, señores, nos es infinitamente penoso, porque elige para arrancarnos á nosotros mismos, la raíz de nuestro ser espiritual. Nos lo es igualmente por otra parte. No solo queremos conservarnos á nosotros mismos tales como Dios, la naturaleza y la libertad nos han hecho; queremos tambien, imponernos á los demás, constituirnos sus modelos, sus superiores, y crearnos un reino de las almas de que seremos reyes. Por poca elevacion de inteligencia que el hombre haya recibido del cielo, esa es su propension; en el orden del espíritu como en todos los órdenes de accion, el hombre quiere reinar. Si ha sido favorecido en lo que llaman nacimiento, quiere ser rey de nacimiento; si la fortuna es su patrimonio, quiere ser rey de fortuna;

le ha cabido el poder, quiere ser rey de poder; finalmente, si es el talento el don que se le ha comunicado, quiere ser rey de talento. Este último reino es el mas codiciado de todos, y los reyes mas absolutos no están contentos si no obligan á toda inteligencia á eclipsarse ante la suya. Así, pues, cuando Jesucristo nos pide que sacrifiquemos nuestro espíritu propio á su soberana razon, nos pide la abdicacion de la corona que mas apreciamos; entra en una conjuracion que tiene por objeto derribarnos del trono mas legítimo á que podamos aspirar. Porque ¿qué cosa mas legítima que reinar por el talento, don que no procede del acaso, de la eleccion, ni del trabajo de los otros, sino de nuestro propio fondo, sembrado por la naturaleza y cultivado por nosotros? Y cuanto mas lo poseemos, ya sea por la ciencia, ya por la filosofía, tanto mas irritados nos sentimos contra ese usurpador llamado Cristo, el cual á nada menos aspira que á sustituir su inteligencia á la nuestra, á hacernos respirar su pensamiento y hablar su palabra. Hé aquí, señores, el secreto de esa aversion de tantos sabios y filósofos contra Jesucristo; son gentes que no quieren ser destronadas, y naturalmente tienen mil veces razon.

Sin embargo, ha sido forzoso que todos los que en el espacio de diez y ocho siglos somos hijos de Cristo, consintiéramos en ser destronados, en hacernos pequeños, en ser enseñados no solamente en nuestra infancia, sino hasta el fin de nuestra vida, y que cargados de años y de honores, habiendo gobernado á los hombres bajo de otros aspectos que los del espíritu, en nuestros últimos momentos, próximos á comparecer en la presencia de Dios, abdicáramos otra vez ese reino del entendimiento, tan querido del orgullo, parareposar en Jesucristo como niños, y encargarle que nos lleve con sus dos manos benditas á la mansion del espíritu puro y eterno, que es Dios su Padre.

Ningun otro en la tierra, señores, ningun otro alcanzó esta suprema dictadura del entendimiento. Los tiranos han oprimido el pensamiento humano impidiéndole manifestarse; pero nunca le han gobernado, porque se escapa á todos los resortes del gobierno mas entendido. Los sabios han formado escuelas, pero escuelas efímeras de cuyas leyes han renegado sus mismos discípulos. ¿Y qué tiene esto de extraño? El discípulo del sabio es un hombre como él; adora el pensamiento del maestro hasta el dia en que el suyo, maduro ya por una ingratitud legítima, le permite alcanzar los honores de la enseñanza, y ocupar su puesto en la historia de las móviles dinastías del saber. Las sectas religiosas, sin embargo de estar en terreno mas sólido, no han tenido mejor éxito. La herejía nos vuelve el espíritu

propio, el cisma nos vuelve el espíritu propio, el protestantismo nos vuelve el espíritu propio: todas estas doctrinas, lejos de encadenar la fe, han tenido por objeto emanciparla. Ni el mismo mahometismo, como ni antiguamente la idolatría, ha podido constituir una autoridad doctrinal, y por tanto deja abandonados sus fieles á los azares de su propia direccion. Todos, menos Jesucristo, nos dejan ó nos vuelven nuestro espíritu, y aun este es el eterno encanto del error. ¿Qué se nos dice hoy? ¿Qué es lo que el siglo presente, incierto de sus caminos y casi igualmente incapaz de osadía en el mal y en el bien, pide con súplicas á Jesucristo? ¿No es que afloje el haz de su imperio, que descarte ciertos artículos de la antigua constitucion cristiana, que revise el pacto primitivo del Evangelio, que firme en fin una transaccion entre el tiempo y la eternidad? Pero Cristo no atiende á esos frágiles deseos que no proceden de una entera obediencia á su razon adorable; entre él y nosotros no puede haber nada mas que él ó nosotros, la abdicacion de nuestro espíritu propio ó el reino de nuestro espíritu propio: es preciso tomar lo uno, ó dejar lo otro.

Y aun no le basta á Jesucristo poner su espíritu en el lugar del nuestro: rey de nuestra inteligencia, está aun al principio de su ambicion; quiere mas que el pensamiento, quiere el afecto. ¡Y qué afecto, gran Dios! Un amor que sea el colmo del amor humano, y ante el cual desaparezca toda historia de amor. Y para que juzgueis del prodigio que hay en esto, examinad de cerca la dificultad que nosotros mismos tenemos en ser amados mientras vivimos.

No bien asoma en nosotros la flor del sentimiento, cuando buscamos en los compañeros de nuestra adolescencia simpatías que se apoderan de nuestro corazon y le sacan de su querida y triste soledad. De ahí nacen en la historia de todas las vidas generosas, esos primeros tiempos, esos recuerdos antiguos que ningun otro borrarán, y que hasta la vejez mas avanzada dejarán en nuestra alma un perfume de lo pasado. No obstante, á pesar de la fuerza de estas jóvenes amistades, el simple curso de los años suspende su progreso; nuestros ojos, al afirmarse ó fortificarse, se hacen menos sensibles á las bellezas de nuestra edad; cierta cosa, que no es ya la niñez, nos libra de ese primer encanto que no tendrá igual tal vez, pero que ya no nos basta. La amistad se resfria en una confianza grave y viril, y elevada nuestra alma un grado en el cielo de la vida, necesita un atractivo nuevo que la subyugue, llenándola. ¿Diré yo su nombre? ¿Y por qué no? Hay dos cosas ante las cuales, con el auxilio de Dios, no retrocederé jamás: el deber y la necesidad. Es una nece-

sidad de mi discurso, que pronuncie yo el nombre harto profanado del segundo afecto del hombre : pronúnciome pues y digo : el hombre que va gravitando de la adolescencia á la madurez, necesita un atractivo que satisfaga á un tiempo su juventud y su fuerza, su necesidad de renovacion y de porvenir ; Dios le ha preparado el amor, que debe, siendo verdadero, es decir, puro, acabar la educacion de su vida y hacerle digno de tener una posteridad. Pero ¡oh debilidad de nuestra condicion ! En breve los cuidados de la edad viril arrugan nuestra frente : las arrugas rinden en ella al pensamiento un testimonio honoroso ; ¿qué mas falta ? Incapaces de obtener en adelante la reciprocidad de una pasion ardiente ya aplacada para nosotros, y que no tiene ya ilusiones bastantes para alimentarse, descansamos en una adhesion, en un afecto mas tranquilo y sereno, dulce todavía, pero que no merece ya compararse al arrebato de esa pasion que acabo de nombrar por su propio nombre.

Sin embargo, los recursos del alma no se han agotado ; hija del amor eterno, el genio de su origen la inspirará hasta el fin. Con las primeras sombras de la vejez, descende á nuestro corazon el sentimiento de la paternidad, y toma posesion del vacío que han dejado en él sus precedentes afectos. No es esto una decadencia, guardaos de creerlo ; despues de la mirada de Dios sobre el mundo, nada hay mas bello que la mirada del anciano sobre el niño ; mirada tan pura, tan tierna, tan desinteresada, y que señala en nuestra vida el punto mismo de la perfeccion y de la mas alta semejanza con Dios. El cuerpo baja con la edad, la inteligencia acaso tambien, pero no el alma por la que amamos. La paternidad es tan superior al amor, como el amor mismo es superior á la amistad. La paternidad corona la vida, la paternidad seria el amor pleno y sin mancha, si hubiera del hijo al padre la correspondencia igual que hay del amigo al amigo, y de la esposa al esposo. Pero no es así. Cuando éramos niños, se nos amaba mas de lo que nosotros amábamos ; y cuando somos ancianos, amamos tambien mas de lo que nos aman. No debemos quejarnos de ello. Vuestros hijos prosiguen el camino que vosotros tambien seguisteis, el camino de la amistad, el camino del amor, huellas ardientes que no les permiten recompensar esa pasion de cabellos blancos que llamamos la paternidad. Es el honor del hombre volver á hallar en sus hijos la ingratitud que mostró á sus padres, y acabar amando, como Dios, con un afecto desinteresado.

Pero no es por eso menos cierto que andando tras el amor toda nuestra vida, no le alcanzamos jamás sino de un modo imperfecto,

que hace brotar sangre al corazon. Y aun cuando lo hubiéramos obtenido en vida, ¿qué nos queda de él despues de muertos ? Concedo que una plegaria amiga nos siga mas allá de este mundo, que un recuerdo piadoso pronuncie todavía nuestro nombre ; pero en breve el cielo y la tierra han dado un paso, el olvido descende, el silencio nos cubre, y ninguna ribera envia ya á nuestra tumba la etérea ó purísima brisa del amor. Todo ha concluido, y concludido para siempre ; tal es la historia del hombre en el amor.

Me engaño, señores ; hay un hombre cuya tumba guarda el amor ; hay un hombre cuyo sepulcro no solamente es glorioso, como dijo un profeta, sino cuyo sepulcro es amado. Hay un hombre, cuyas cenizas, despues de diez y ocho siglos, no se han resfriado ; que renace cada día en el pensamiento de innumerable multitud de hombres ; que es visitado en su cuna por pastores, y por reyes que le llevan á porfia oro, incienso y mirra. Hay un hombre cuyos pasos sigue sin cansarse jamás una porcion considerable de la humanidad, y que no obstante haber desaparecido, se ve seguido por esa muchedumbre en todos los lugares de su antigua peregrinacion, en las rodillas de su madre, á la orilla de los lagos, en lo alto de las montañas, en los senderos de los valles, á la sombra de los olivos, en el secreto de los desiertos. Hay un hombre muerto y sepultado, cuyo sueño y despertar se espian ; un hombre cada una de cuyas palabras proferidas ha diez y ocho siglos está vibrando todavía y produce mas que el amor, produce virtudes que fructifican en el amor. Hay un hombre clavado hace siglos en un patibulo, y á ese hombre le desprenden millones de adoradores cada dia de ese trono de su suplicio, se arrodillan en su presencia, se prosternan lo mas humildemente que pueden sin ruborizarse, y allí, por tierra, le besan con indecible ardor los piés ensangrentados. Hay un hombre flagelado, muerto, crucificado, á quien una pasion inefable resucita de la muerte y de la infamia, para colocarle en la gloria de un amor que nunca desfallece, que encuentra en él la paz, el honor, el gozo, y aun el éxtasis. Hay un hombre perseguido en su suplicio y su sepulcro por un odio inextinguible, y que pidiendo apóstoles y mártires á toda posteridad que se levanta, encuentra apóstoles y mártires en el seno de todas las generaciones. Hay un hombre en fin, y es el único, que ha fundado su amor sobre la tierra, y ese hombre sois vos, ¡oh Jesus ! vos que os habeis dignado bautizarme, ungerme, consagrarme en vuestro amor, y cuyo solo nombre en este instante abre mis entrañas y arranca de ellas este acento que me turba y que yo no conocía en mí.

¿Y quién de los grandes hombres es amado? ¿Qué grande hombre en la guerra? ¿Es tal vez Alejandro, César, Carlomagno? ¿Qué hombre célebre en saber? ¿Quizá Aristóteles ó Platon? ¿Cuál de los grandes hombres es amado? ¿Cuál? Nombradme uno solo; nombradme un hombre muerto que haya dejado el amor sobre su sepulcro. Mahoma es venerado de los musulmanes, pero no es amado. Nunca un sentimiento de amor ha tocado el corazón del musulmán, al repetir su máxima: « Dios es Dios, y Mahoma es su profeta. » Solo un hombre ha hecho á todos los siglos tributarios á él de un amor inextinguible; Jesucristo, rey de las inteligencias, lo es también de los corazones, y por una gracia confirmatoria de la que á él solo pertenece ha dado á sus santos el privilegio de producir también en la memoria de los hombres un recuerdo piadoso y constante.

Sin embargo, hay mas: no está aun fundado el reino de las almas. Siendo Jesucristo Dios, no debía contentarse con una fe incontrastable y un amor inmortal; debía exigir la adoracion. La adoracion es el aniquilamiento del hombre ante un ser superior, y este sentimiento, señores, está lejos de sernos desconocido. Yace como todos los demás en el fondo de nuestra naturaleza, donde representa un papel mayor acaso de lo que pensais. No hay que disimularlo, todos cual mas, cual menos, todos queremos que se nos adore. Este deseo innato de la adoracion es el que ha engendrado todas las tiranías. Vosotros os admirais á veces de que un príncipe trame infinitas intrigas para librarse de las leyes divinas y humanas, de que agregue la violencia á la astucia, de que derrame sangre á torrentes y de que se capte la execracion del linaje humano: vosotros os preguntais ¿con qué objeto hace esto? Ah! señores, con el objeto naturalísimo de que le adoren, de ver á toda inteligencia sometida á la suya, toda voluntad conforme á su voluntad, todo poder, toda ley, todo derecho, todo deber emanando de él, y hasta el cuerpo del hombre encorvado servilmente ante su cuerpo mortal. Hé ahí el fondo de nuestro corazón como el fondo de Satanás. Mas, por un contrapeso que era debido á esta horrible dolencia del orgullo, no podemos desear la adoracion para nosotros, sino teniendo horror á la adoracion de otro. De aquí nace la execracion que va aneja al despotismo. La humanidad, abatida por un poder que desconoce toda ley, concentra en sí misma su sorda indignacion: espera el día inevitable de la debilidad, y llegado ese día, vuélvese y aplanas con su talon á la vil criatura que la habia despreciado hasta el punto de pedirle incienso. Un grande orador ha dicho en una tribuna célebre: « Del Capitolio

á la roca Tarpeya no hay mas que un paso: » yo diré con tanta verdad, aunque no con tan magníficas expresiones: no hay mas que un paso del altar al sumidero. A todo el que ha sido adorado, la mano popular le precipitará tarde ó temprano del solio de la magestad divina usurpada, y le arrastrará, con la cuerda al cuello, á las gemonias de la calle y á las gemonias mas sangrientas aun de un oprobio eterno. Así lo quiere la historia, esta potestad encargada de la promulgacion de los juicios de Dios sobre el orgullo del hombre.

Sin embargo, á pesar de la historia, Jesucristo es adorado. Hombre mortal y muerto, ha sabido conquistarse una adoracion que persevera, y de que no hay otro ejemplo en la tierra. ¿Qué emperador ha conservado sus templos y sus estatuas? ¿Qué se ha hecho toda aquella poblacion de dioses, creados por la lisonja? Ni aun existe ya su polvo, y el recuerdo que les sobrevive no es mas que una ocasion para el pensamiento de admirar la extravagancia de los hombres y la justicia de Dios. Jesucristo solo ha quedado en pié sobre sus altares, no en un rincón del mundo sino en toda la tierra, y en las naciones célebres por su cultura. Los mas grandes monumentos del arte abrigan sus santas imágenes; las ceremonias mas magníficas reúnen los pueblos á la sombra de su nombre; la poesía, la música, la pintura, la escultura agotan todos sus recursos hablando de él, y formándole un incienso de la adoracion que los siglos le han consagrado. ¿Y en qué trono se le adora? En una cruz. ¡Qué digo, en una cruz! Se le adora bajo la humilde apariencia de pan y vino. Aquí el pensamiento se confunde enteramente. No parece sino que ese hombre se haya complacido en abusar de su extraño poder, y en despreciar la humanidad entera encorvándola enloquecida ante los mas vanos simulacros. Degradado por su suplicio aun mas abajo de la muerte, ha formado de la misma ignominia el trono de su divinidad; y no contento aun con ese triunfo, ha querido que reconociéramos su soberana esencia y su eterna vida por una adoracion que desmintiera atrocemente á nuestros sentidos. ¿Puede concebirse tal triunfo en semejante audacia?

Es verdad que numerosas manos han intentado derribarle de sus altares; pero su impotencia solo ha servido para confirmar su gloria. A cada ultraje ha parecido engrandecerse: el genio le ha protegido contra el genio, la ciencia contra la ciencia, el imperio contra el imperio; se ha creado armas de todas las armas que contra él se han levantado, y cuando se le creia por tierra, el mundo le ha visto en pié, tranquilo, sereno, triunfante, adorado.

Así ha fundado el reino de las almas por una fe que nos cuesta el sacrificio de nuestra propia inteligencia, por un amor que excede á todo amor, por una adoracion que solo á él hemos tributado, triple misterio de una fuerza que nos revela su divinidad y que nos la revelará mas aún, cuando hayamos visto la dificultad pública que se oponia al establecimiento de este reino sobrenatural.

El puesto estaba tomado, señores, cuando Jesucristo vino al mundo; el puesto estaba tomado, porque nunca está vacío. Aun cuando solo hubiera pretendido establecer entre él y nosotros relaciones secretas, una especie de culto oscuro, ese designio hubiera encontrado tarde ó temprano temores y celos que se hubieran manifestado por una resistencia pública. Pero Jesucristo estaba lejos de querer ocultar su reino bajo tierra; él habia dicho: « *Lo que oís á la oreja, predicadlo sobre los tejados* » (1); y él mismo, enemigo de toda iniciación misteriosa, habia hablado y obrado constantemente á vista de la multitud y de la autoridad. Quería un reino visible, una constitucion social de su doctrina, un sacerdocio reconocido, templos, leyes, derechos, y por consiguiente, era inevitable que tropezase con el establecimiento religioso y político que le habia precedido. Este establecimiento tenia dos nombres: llamábase idolatría é imperio romano. La idolatría era el culto que reunia al universo bajo una misma forma religiosa; el imperio romano era el poder que gobernaba casi toda la humanidad conocida. Uno y otra eran incompatibles con la fundacion del reino de Jesucristo, y este reino no podia comenzar sino aboliendo la idolatría como una religion falsa, y modificando el imperio romano para acomodarle á las leyes del Evangelio.

Hasta aquí habeis tal vez considerado la idolatría como una organización religiosa fácil de destruir. Mucho os engañabais. De todos los cultos que han tomado posesion del hombre, no hay ninguno, excepto el Cristianismo, que haya tenido mas extension y solidez que la idolatría. Esto consistia en que las tres grandes pasiones del hombre encontraban en ella una satisfaccion cumplida. ¿Cuáles son estas tres pasiones? La primera, tal vez os maravilleis al oirlo, la primera es la pasión religiosa; la necesidad de tratar con Dios. Sí, señores, la pasión religiosa tiene en nosotros la primacía sobre todas las demás, hasta sobre la pasión de la voluptuosidad. Porque la voluptuosidad solo se refiere á los sentidos que son frágiles, que se

(1) S. Mateo, cap. 10, vers. 27.

agotan presto, que se cansan por sí mismos; mientras que la necesidad religiosa, especie de hambre divina, tiene su raíz en lo mas profundo de nuestro ser, y se alimenta allí de todas las miserias que nos disgustan incesantemente de la presente vida. El orgullo viene tambien despues; por vivo que sea, está sujeto en el mundo á sobradas humillaciones, para no secundar y promover en nuestra alma un sentimiento mejor y mas suave, el que nos acerca á Dios, y nos hace buscar en su grandeza nuestra propia dignidad. La religion es la primera y la mas antigua amiga del hombre; pues aun cuando la contrista, la respeta aun y se procura con ella secretas intimidades. No os alucine, señores, sobre este punto, el estado de nuestra patria; porque haya en Francia algunos millones de hombres embrutecidos en el ateismo práctico, no creais que sea este el estado natural del género humano. Esto es la consecuencia de circunstancias inauditas, y esa misma Francia, no obstante la irreligion de una parte de sus hijos, no ha dejado un solo dia de llevar en su glorioso seno multitud de almas que sirven á Dios fervorosamente, y honran su fe con obras que la tierra toda conoce.

Así pues, la idolatría, á pesar de sus apariencias poco doctrinales, satisfacía á la necesidad religiosa; tenia templos, altares, sacerdocio, sacrificios, oraciones, ceremonias públicas y pomposas, un grandísimo estado en el mundo, y los girones de su mitología ocultaban aun bastantes recuerdos de Dios para que el alma no estuviera enteramente en ayunas y sin alimentos.

Pero lo que habia de admirable en ello es, que la idolatría, dando satisfaccion á las inclinaciones elevadas de nuestra naturaleza, no desdeñaba las mas abyeetas y les ofrecía con abundancia un pasto sagrado. No sé qué arte profundo habia pulverizado juntos á Dios y la materia, á la religion y la voluptuosidad, y hacia descender del mismo altar pensamientos graves y vergonzosos incentivos. La idolatría lo tenia todo en sus dioses; quisiese lo que quisiese, el cielo obedecia á sus deseos. ¡Qué obra maestra para que el cielo fuera obedecido á su vez! Agregad á esto que la tercera pasión del hombre, el orgullo de la dominacion, hallaba en aquel culto, sabio por su misma degradacion, una satisfaccion amplia. La idolatría no era cosa distinta del imperio; el príncipe, ó el senado, ó el pueblo, disponia de la magistratura sacerdotal, nombraba los pontifices, arreglaba las ceremonias, se daba el placer de ocultar el traje de sus cónsules bajo el manto de sus dioses. La religion era tambien la patria. Véase marchar juntos delante de la república las haces y los altares: las